

## CAPITULO VI.

ALREDEDORES DE MEXICO.—ENTREVISTA CON MOTEUC-  
ZOMA.—ENTRADA A LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO  
HOSPITALARIO.—VISITA AL  
EMPERADOR.

[1519.]

Cuando despuntó el primer albor de la mañana, el general español ya estaba levantado y revisando sus tropas. Reunieronse estas bajo sus respectivas banderas, latiendo fuertemente el corazón de los soldados al escuchar al penetrante sonido de la trompeta, que dilatándose por las aguas y las selvas iba, á perderse entre los ecos de las lejanas montañas. Las llamas sagradas de los innumerables templos, brillaban opacamente al través de las pardas nieblas de la mañana, indicando el asiento de la capital; hasta que las torres, las pirámides y los palacios, todo quedó magestuosamente iluminado por el sol,

que alzándose sobre la barrera oriental, inundó con su luz todo aquel hermoso valle. Era el 8 de Noviembre de 1519; día memorable en la historia, por ser el en que por primera vez asentaron su planta los europeos en la capital del mundo occidental.

Cortés y los pocos caballos que llevaba, formaban una especie de avanzada del ejército. Despues venia la infanteria española que en aquella campaña hecha en el rigor del estío, habia adquirido la disciplina y aire marcial propio de veteranos: los bagages ocupaban el centro, y la retaguardia la cubrian las largas filas de los guerreros tlaxcaltecas: el número total del ejército seria de unos siete mil, de los cuales no llegaban á 400 los españoles.<sup>1</sup>

Por un poco de tiempo el ejército siguió la estrecha lengua de tierra que separa las aguas del lago de Tetzcoco de las de Chalco; pero en seguida entró en la gran calzada que á escepcion de un ángulo que tiene cerca del principio, conduce en línea enteramente recta, atravesando por las salobres aguas de Tetzcoco, hasta la puerta de la capital; era la misma la calzada, ó por mejor decir, la base de la

<sup>1</sup> Tenia cosa de 600 guerreros de Tlaxcalan, y le acompañaron igualmente algunos zempoaltecas y otros aliados indios. Los soldados españoles subian al salir de Veracruz, á 400 infantes y 10 de caballería. En las quejas de los descontentos despues de los sangrientos combates de Tlaxcallan, una de ellas era que desde que se abrió la campaña habian muerto cincuenta españoles.



que actualmente forma la gran calzada meridional de México.<sup>1</sup> Los españoles tuvieron mas de una ocasion de admirar la ciencia mecánica de los aztecas tanto por la exactitud geométrica con que estaban construidas sus obras, como por la solidez de ellas. La calzada de que hablamos estaba hecha de enormes piedras trabadas con argamasa, y tenia toda ella ancho suficiente para que cupieran diez ginetes de frente.

En la travesía encontraron varias ciudades grandes que descansaban en estacas y que estaban en gran parte construidas dentro del agua; género de arquitectura que era muy del gusto de los aztecas, por ser una imitacion de la de su metrópoli.<sup>2</sup>

Aquellas laboriosas poblaciones sacaban su sustento de la fabricacion de la sal que extraian de las aguas del lago. Los derechos impuestos á este artículo de comercio formaban una de las rentas considerables del estado. Por todas partes encontraban los conquistadores las señales de una numerosa y activa poblacion, superior á cuanto habian visto allí. Los templos y edificios principales estaban cubiertos

<sup>1</sup> La calzada de Ixtapalapan está formada sobre este mismo antiguo dique en el cual hizo Cortés prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados." Humboldt: Essai politiq. tomo 2, pág. 57.

<sup>2</sup> Entre estas ciudades las habia de tres, cinco o seis mil habitantes, segun Cortés, cuya bárbara ortografía es incomprendible para mexicanos y españoles. Relac. seg. en Lorenzana, p. 72.

con una especie de estuco duro, blanco y que relucía como esmalte cuando lo herian los rayos del sol matutino, la márgen del lago aun mas cubierta que la del de Chalco, de poblacion y cabañas.<sup>1</sup> La superficie de las aguas estaban oscurecidas por millares de canoas llenas de indios<sup>2</sup> que saltaban á las riberas para contemplar con curiosidad y admiracion á los recién venidos. Tambien allí habia esas hermosas islas de flores, sembradas á veces por árboles de gran tamaño que se mecian con gran gentileza al blando soplo de las auras. A distancia de media legua de la capital encontró el ejército con una muralla ó cortina de piedra masiza, que atravesaba la calzada de un lado á otro: su altura era de doce piés, las dos estremidades estaban defendidas por dos torreones, y en el centro habia una abertura que dió paso á las tropas: llamabáse el fuerte de Xoloc, y en tiempos posteriores adquirió celebridad por he-

<sup>1</sup> El padre Toribio Benavente no escaseó los panegíricos al hablar de los alrededores de la ciudad que vió en todo su esplendor. "Creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos al rededor de sí, y tan bien sentados." Histor. de las Ind., part. 3, cap. 7.

<sup>2</sup> Es necesario no creer, sin embargo, lo que asegura Herrera, de que 50.000 canoas se empleaban constantemente en abastecer de víveres á la capital. (Hist. gral, dec. 2, lib. 7, cap. 14.) El cronista poeta Saavedra es mas moderado en sus cálculos.

"Dos mil y mas canoas cada dia  
Bastecen el gran pueblo mexicano  
De la mas y la menos niñería  
Que es necesaria al alimento humano."



berlo ocupado Cortés cuando el famoso sitio de México.

Habia allí, además, algunos centenares de gefes aztecas que habian venido al encuentro de los españoles para anunciarles que estaba próximo á llegar Moteumocza á felicitarlos y á conducirlos á la capital. Venian vestidos de gala, y segun el uso del pais: traian maxtlatl ó calzon de algodón en torno de la cintura, y una ancha capa de la misma tela ó de plumas, flotando graciosamente sobre las espaldas. En el cuello y los brazos traian collares y brazaletes <sup>1</sup> de turquesas, á veces mezcladas con plumas; y de las orejas, del lábio inferior y aun de las narices pendian piedras preciosas ó cadenas de oro fino. Como cada cacique hacia al general el saludo de costumbre, esta fastidiosa ceremonia retardó por mas de una hora la marcha del ejército; pero despues de esto no volvió á sufrir detencion hasta no llegar á un puente que estaba ya casi á las puertas de la ciudad. Era de madera, y despues fué reemplazado por uno de piedra y servia para zanzar una cortadura que habia en la calzada, con objeto de que tuviesen las aguas un desagüe cuando las agitasen los vientos ó hubiese una repentina crecida en la es-lacion de las lluvias. Era este puente levadizo;

<sup>1</sup> "Usaban unos brazaletes de mosaicos hechos de turquesas con unas plumas ricas que salian de ellos, y eran mas altas que la cabeza, y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro que subian con plumas." Sahagun, *Histor. de N. E.*, lib. 8, cap. 9.

lo que hizo conocer á los españoles al tiempo de atravesarlo, ¡cuán cierto era que se habian entregado á la merced de Moteuczoma, quien interrumpiendo las comunicaciones, podia cojerlos prisioneros en su capital!

Estando entregados á estas tristes reflexiones, descubrieron la brillante comitiva del emperador que salia por la calle real que entonces como ahora, conducia al centro de la ciudad. <sup>2</sup>

Entre la turba de indios nobles precididos por tres oficiales de estado que traian varas de oro, se veia la litera imperial que deslumbraba con sus bruñidas láminas de oro. Llevábanla en hombro los nobles, así como tambien un dosel ó palio de vistosas plumas, salpicado de piedras preciosas y guarnecido de plata: los conductores iban descalzos, caminaban á paso lento y medurado y no apartaban los ojos de la tierra. Luego que la comitiva hubo llegado á una distancia conveniente, se detuvo y Mo-

<sup>1</sup> Gonzalo de las Casas, *Defensa*, MS. part. 1<sup>a</sup>, cap. 24.—Gomara, *Crónica*, cap. 65.—Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.*, cap. 38.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 39, cap. 5.—*Relac. seg. en Lorenzana*, pp. 88, 79.—Ixtlilxochitl, *Hist. Chichim.*, cap. 35.

<sup>2</sup> El cardenal Lorenzana dice que la calle de que aquí se trata es probablemente la que atraviesa la ciudad desde el hospital de San Antonio. (*Relac. seg. pág. 79, nota.*) Esto mismo confirma Sahagun, quien dice: y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cabe las casas de Alvarado, hacia el hospital de la Concepcion, salió Moteuczoma á recibir de paz á D. Hernando Cortés." *Hist. de Nueva-España*, MS. lib. 12, cap. 16.



teuczoma se bajó de su litera, adelantándose á pié apoyado en los brazos de los señores de Texcuco y de Ixtapalapan, su sobrino y hermano quienes como hemos visto, ya conocian á los españoles.

Al ir el monarca adelantándose bajo el dosel, sus pages cubrian el suelo con alfombras para que el duro suelo no lastimara sus delicadas plantas. Los vasallos de todas clases que formaban una larga procesion, iban con los ojos clavados en el suelo, y algunos plebeyos aun se prosternaban ante el emperador.<sup>1</sup> Estos homenajes tributados al déspota indio, demostraban que que las viles formas del despotismo del Oriente, no eran desconocidas entre los rudos moradores del mundo occidental.

Moteuczoma vestia la gallarda y ancha capa cuadrada llamada *tilmatti*, de algodón finísimo, con las puntas bordadas y anudadas en el cuello: unas sandalias con zuelas de oro, y con los cordones que las ataban á los tobillos, trenzados con hilo del mismo metal defendian sus piés. Tanto la capa como las sandalias estaban salpicadas de perlas, piedras preciosas y entre las cuales se hacian notables la esmeralda y el *chalchivittl*, una piedra verde, la mas estimada entre los aztecas. Su cabeza no traia mas

<sup>1</sup> "Toda la gente que estaba en las calles se le humillaban y hacian profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos á le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frailes en Gloria Patri.*" Toribio, Hist. de las Ind., MS., part. 3. cap. 7.

adorno que un penacho de plumas verdes que flotaban ó pendian hácia atras; insignia mas bien que régia propia de los guerreros.

Entónces era de cosa de cuarenta años, de alta estatura, delgado pero no mal formado: su cabello negro y lacio era corto, porque llevarlo largo se tenia por indigno de las personas de alta gerarquía; era barbilampifio, y de un color algo mas claro que el que es comun entre aquella raza morena, ó por mejor decir, cobriza. Su fisonomía era grave y seria, pero no tenia ese aspecto melancólico que caracteriza su retrato y que acaso revistió en tiempos posteriores. Su porte era digno, y á no ser por las noticias que se tenian de su carácter, se le habria creído tan templado y benigno cual conviene á un gran príncipe. Tal es el retrato que nos ha quedado de lo que era el monarca indio, cuando su primera entrevista con los blancos.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En cuanto á la antecedente narracion del boato y comitiva de Moteuczoma, se puede consultar á Bernal Diaz, cap. 18. Zuazo, Cartas, MS. Iutlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 85. Gomara, Crónica, cap. 65. Oviedo, ubi supra y 45. Acosta, lib. 7, cap. 22. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16. Toribio, Hist. de las Indias, MS., parte 3, cap. 7.

El noble bardo costellano, ó mejor dicho mexicano, Saavedra, que pertenecia á la generacion subsecuente á la conquista, ha acomodado algunas de estas noticias en su crónica rimada. Sirva de muestra el siguiente trezo.

Iba el gran Moteuczoma ataviado  
De manto azul y blanco, con gran falda,  
De algodón muy sutil y delicado,  
Y el remate una concha de esmeralda



Al acercarse estos, hicieron alto: Cortés se apeó del caballo confiando á un page las riendas, y acompañado de algunos caballeros principales se adelantó hácia aquel. La entrevista no podia menos de ser de alto interes para ambos personajes. Cortés veia en Motecuzoma al dueño y señor de los dilatados reinos que acababa de atravesar, y en la ponderacion de cuyo poder y grandeza se ocupaban todas las lenguas. El príncipe azteca veia en el general español al ser sobrenatural cuya historia parecia tener tanta coneccion con la suya propia, al ser predicho por sus oráculos, y cuyas hazañas revelaban en él algo de sobrehumano. Mas cualesquiera que fuesen los sentimientos de que estaba poseido el monarca mexicano, los reprimió completamente y no solo recibió á sus huéspedes con cortesía régia, sino que aun les espresó que le causaba satisfecion verles presentes en su córte.<sup>1</sup> Cortés coarespondió á esto con las demostraciones del mas profundo respeto, y dándole las mas rendidas gracias por los presentes con que su munificencia habia colmado á

En la parte que el rudo tiene atado;  
Y una tiara á modo de guirnalda,  
Zapatos que de oro son las suelas  
Asidos con muy ricas corehuelas.

*Peregrino Indiano, canto II.*

1 "Satis vultu laeto," dice Martir, "au stomacho sedatus, et an hospites pervim quis unquam libens susceperit, experti loquatur." De Orbo Novo, dec. 5 cap. 3.

los españoles. Suspendió al cuello de Motecuzoma un collar de cuentas de cristal, é hizo un ademan de querer abrazarle; pero le retuvieron dos señores aztecas, que veian en aquello una profanacion de la sagrada persona del monarca.<sup>1</sup> Despues de haberse trocado estos cumplimientos por una y otra parte, Motecuzoma previno á su hermano que condujese á los españoles á la capital, y él se entró en su litera y se volvió por entre la prosternada multitud, en la misma forma que habia venido. A muy poco tiempo le siguieron los españoles, quienes verificaron su entrada en el barrio meridional de Tenochitlan, con banderas desplegadas y tambor batiendo.<sup>2</sup>

Nuevos motivos tuvieron allí de admiracion al ver la grandeza de la ciudad y el buen gusto de su arquitectura. Las habitaciones de los pobres es cierto que eran de cañas y céspedes; pero la calle principal por donde iban pasando, estaba formada por ambos lados por las casas de los nobles, obligado por el emperador á residir en la córte. El material de que estaban hechas era una especie de piedra porosa y colorada que se encuentra en las canteras de las inmediaciones; y aunque las casas rara vez tenian dos pisos, muy frecuentemente ocupaban una estension grande.

El techo de las casas ó azoteas estaba cercado con

1 Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 79

2 "Entraron en la ciudad de México á punto de guerra, tocando los atambores y con bandeas desplegadas." Sahagun, op. cit. lid. 12, cap. 15.



parapetos de piedra, por manera que cada una de aquellas podía ser reputada por una fortaleza.

Algunas veces estaban estas azoteas tan cubiertas de flores, que parecían jardines; pero lo más común, estos eran espacios terrados que había entre las casas, <sup>1</sup>

De trecho en trecho, se encontraba una gran plaza con su pórtico de piedra ó estuco, ó un templo piramidal de dimensiones colosales, coronado de altísimas torres y de altares donde ardía una llama inextinguible.

La calle real que miraba hacia del la calzada Sur era, no como muchas otras, amplia; se extendía en línea casi recta varias millas, é iba terminado en el centro.

Un espectador colocado en uno de los extremos de la calle después de estender su vista por la larga hilera de templos y jardines, podía divisar el otro extremo, y más allá las azuladas montañas, que á causa de la transparencia de la atmósfera, parecían estar contiguas á los edificios de la ciudad.

Más lo que más admiró á los españoles, fué la innumerable multitud que llenaba las calles y los canales que se asomaba á las puertas y ventanas de la calle y que estaba apiñada en los techos de las casas.

<sup>1</sup> "Et giardin alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere." Relac. d'un gent., op. Ramusio, tom. III, fol. 309.

"Me acuerdo de esto, dice Bernal Diaz, ahora que lo estoy escribiendo, después de tantos años, como si hubiese pasado ayer." <sup>1</sup>

¿Cuáles habrán sido las sensaciones de los aztecas al ver aquel portentoso espectáculo, al oír, por la primera vez, el sólido pavimento de las calles bajo las herraduras de los caballos de los animales que el terror había investido de tan sobrenaturales propiedades, al contemplar á los hijos de Oriente que revelan su origen celeste en su hermosa figura; al ver relucir con los rayos del sol las armas y las armaduras de acero, metal que no conocían; al escuchar cómo resonaban en el aire los sonidos de aquella música, no de este mundo, ó que al menos nunca habían remedado sus instrumentos!

Más nada es comparable con el odio profundo que les causaría mirar á sus detestados enemigos los tlaxcaltecas, hollando altaneramente su ciudad, y arrojando por todas partes una mirada de ferocidad y asombro, semejante á la de la bestia feroz que saltando por acaso de sus guaridas, se ve de súbito en la morada de la civilización. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> ¿"Quién podrá, exclama el veterano, decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles é azoteas y en canoas en aquellas acequias, que nos salieron á mirar? Era cosa de notar, que ahora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó." Hist. de la conq. cap. 88.

<sup>2</sup> Ad spectaculum, dice el perspicaz Mártir, tandem Hispanis placidum, quia dui optatum, Tenustiatanis prudentibus forte ali-



Al pasar por aquella espaciosa calle, atravesaron los españoles muchos puentes suspendidos sobre los canales donde transitaban con estraña rapidez las livianas canoas de los indios cargadas de frutas y legumbres para el consumo del mercado de Tenochtitlan. <sup>1</sup>

Por último, hicieron alto cerca de una gran plaza casi en el centro de la ciudad, donde se alzaba la enorme pirámide consagrada al dios de la guerra, solo inferior en tamaño y santidad á la pirámide de Cholula, y que ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa en parte la gran Catedral de México.

Frente á la puerta occidental del átrio que rodea el templo mayor, se estendia una gran hilera de casas bajas, que era el palacio de Axayacatl, padre de Moteuczoma, construido por aquel monarca hacia cosa de cincuenta años. <sup>2</sup>

ter quia verentur fore, ut hi hospites quietem suam Elysiam vñ niant peturbaturi; de populo secus, qui nihil sentit aequo delectabile quam res novas ante oculos in presantiarum habbere, de futuro, nihil, anxius." De Orbe Novo, dec. 5, cap. 3.

<sup>1</sup> Hist. del Messico. tom. III, pág. 78.

Ocupada la hue hoy es esquina de la calle del Indio Triste y Tacuba. Humbolt. Vistas de las Cordilleras, pág. 7 y siguiente.

<sup>2</sup> Eleufónico nombre mexicano *Tenochtitlan* se deriva de dos palabras aztecas que significan *nopal sobre piedra*, cuya aparición como recordará el lector, sirvió para escoger el futuro asiento de la ciudad. (Toribio, Hist. de las Ind. part. 3, cap. 7.) Explicac. de la colección de Mendoza, en las antig. de México, vol. IV. Se u n otra etimología la palabra *Tenoch* era el nombre de uno de los ndores de la monarquía.

Aquel sitio estaba á proposito para alojar á los españoles.

En el patio de este palacio los estaba esperando Moteuczoma, el cual al acercarse Cortés, tomó de un vaso de flores que trala uno de sus esclavos, un collar formado de conchas de una especie de cangrejo de rio muy estimado de los indios, engastadas en oro y unidas con gruesos hilos del mismo metal. De aquí pendian ocho adornos tambien de oro que representaban la misma concha y primorosamente trabajados <sup>1</sup> pues los plateros aztecas todos confiesan que no cedian en habilidad á sus compañeros de Erouapa.

Al colgar Moteuczoma el vistoso collar al cuello del general, le dijo: "este palacio os pertenece, Malinche, (epíteto por el cual lo designaba sicmpre,) igualmente á vuestros camaradas: descansad de uestras fatigas, que bien lo habeis menester, y entro de breve rato volveré visitaros."

<sup>1</sup> Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 88. Gonzalo de as Casas, Defonsa, MS. parte I. cap. 24.

<sup>2</sup> Boturini dice que mayor, segun la contesion de los plateros mismos. "Los plateros de Madrid, vi endo algunas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes y capitanes indianos, confesaron que eran innuitables en Europa." (Idem p. 78.) Oviedo hablando de sus joyas, dice: "yo ví algunas piedras jaspes, calcidonias, jacintos, corniolas é plumas de esmeraldas, é de otra otras especie labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia, quien las supiere hacer con tanta perficion." Hist. de las Ind. MS. lib. 32.



Diciendo esto se alejó con sus sirvientes, dando en todo muestras de cortesía, que no eran de esperarse en un bárbaro.

El primer cuidado de Cortés fué inspeccionar su nuevo alojamiento: este aunque espacioso era bajo y de un solo piso, escepto en el centro donde tenía dos.

Los aposentos eran amplios, y según el testimonio de los conquistadores eran capaces para el éxito entero. <sup>1</sup>

Los toscos montañeses de Tlaxcalan no debían de ser muy delicados, por manera que fácilmente encontrarían abrigo en la parte del edificio ó bajo portales provisionales en los patios espaciosos.

Los mejores aposentos estaban tapizados de hercacha y las del algodón, y el suelo cubierto de eseras.

Había además bancos bajos hechos de madera, de una sola pieza y trabajados con esmero, así como también lechos de hojas de palma entretejidos, y cobertores y aun cielos de algodón. Estos colchones eran los usados por todas las clases de la sociedad desde las más altas hasta las más bajas. <sup>2</sup>

Después de recorrer aquel inmenso edificio, designó el general á las tropas sus respectivos cuarte-

<sup>1</sup> Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 81. Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 80.

<sup>2</sup> Bernal Díaz, *ibid.* Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 11. Sahagún, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

les, y dictó tantas medidas de precaución como si estuviese aprestándose más bien á un sitio que á una entrevista amistosa. Aquel lugar estaba rodeado de una gruesa muralla de piedra, con varios torreones que se prestaban perfectamente la defensas. Situó los cañones en las avenidas: puso centinela en todo el recinto, y en suma, observó en toda la estricta disciplina que había acostumbrado en toda la marcha, conociendo cuán importante era que su pequeño ejército se ganase el afecto de los naturales, y deseando evitar todo motivo de choque entre estos y aquel, prohibió que saliese nadie de los cuarteles, sin previo permiso, so pena de muerte. Después de hechos estos arreglos permitió á los soldados que se repartiesen la comida que se les había preparado.

Ya tenían en el país el tiempo bastante para acostumbrarse aunque no para aficionarse á los manjares propios de él. El apetito de los soldados suele no ser muy descontentadizo, y en la presente ocasión á lo menos, no se mostraron los españoles muy injustos con respecto á la cocina imperial. Durante la mesa les sirvieron numerosos esclavos, impacientes por obsequiar sus deseos. Después que habían concluido el banquete y que habían los españoles dormido *siesta*, cosa para ellos tan importante como la misma comida, se anunció la vuelta de Moctezuma.